

alzados, siguiéndose trabajando en el mismo sentido durante las dos expediciones. Se entablaron tratos, ó por mejor decir se renovaron los que habian sido comenzados entre personas influyentes de los castellanos y otras de la misma categoría entre los moriscos, con quienes tenían antiguos vínculos de amistad ó relaciones de intereses. El mismo presidente Deza escribió con carácter anónimo una especie de carta persuasoria, en que hacia ver á los moriscos lo extraviados que andaban y la ruina infalible á que corrían persistiendo en su desobediencia al rey de España, demostrándoles con pruebas evidentes que se habian equivocado mucho en la interpretacion de los pronósticos con que los habian embaucado sus caudillos. Al efecto que estos pasos producian, daban nueva fuerza las ventajas que iba alcanzando don Juan de Austria. Tener que dejar el territorio de España, no podia menos de ser duro para la generalidad de los moriscos; y el deseo de recuperar muchas de sus mujeres é hijas que habian quedado en poder de los cristianos, era un nuevo estímulo para hacerlos entrar en vías de avenencia. Daba por su parte don Juan de Austria pasos con el mismo objeto por medio de sus prisioneros. En Ujijar publicó un bando concediendo el perdón á los que se redujesen dentro de un plazo prefijado, ensanchando los límites de la indulgencia á proporción de las armas ó cautivos con que se presentasen. Se dejaba la vida á los que lo hiciesen con solas sus personas; la vida sin esclavitud á los que trajesen su escopeta ú otra clase de armas. A los que viniesen con turcos cautivos ó los degollasen, se hacían gracias particulares proporcionadas á la importancia del servicio, y se anunciaba al mismo tiempo que se usaria de todo el rigor de la guerra, sin indulgencia ni misericordia, con los que no se diesen á partido. No eran nada suaves los términos del bando; pero todavía mas dura la condicion á que estaban reducidos los moriscos.

Era el principal negociador por parte de estos un

tal Hernando el Habaquí, hombre sagaz, astuto, de gran cuenta entre ellos, confidente y una especie de ministro de Aben-Abóo, de quien habia desempeñado comisiones y embajadas en varios puntos de Africa. Presataba el Habaquí oídos á las diversas proposiciones que se hicieron por parte de los castellanos, y sin doblez accedió á la medida de la sumision, por ser el solo puerto de salvacion que les quedaba. Prometió, pues, á los castellanos hacer todos sus esfuerzos para que se cumpliesen los deseos de unos y otros, y fué en efecto fiel á su palabra. No era fácil empresa hacer entrar en la medida á Aben-Abóo, hombre duro y feroz, pródigo de sangre, y nada avaro en todo género de atrocidades, á quien el recuerdo de sus actos anteriores hacia sumamente suspicaz, y el título de rey de que estaba revestido, orgulloso en demasía. Mas tuvo que ceder á la ley dura de la necesidad, con tantas derrotas en su campo, y fallidas sus esperanzas de recibir de Africa los socorros poderosos que necesitaba. A las cartas que se le escribieron por los castellanos, respondió en términos de desear la reduccion y fin de aquella guerra. En fin, se llevaron las cosas á tal punto, que no faltaba mas que la reunion de los comisarios de una y otra parte para arreglar las condiciones del convenio.

Se verificó esta en el Fondon de Andarax, el 13 de febrero de 1570. Acudieron por parte de los moriscos entre otros el Habaquí, que llevaba la voz principal en el negocio, y un hermano de Aben-Abóo que llamaban el Galipe. Envió asimismo los suyos don Juan de Austria. Se quejaron los moriscos en las primeras conferencias de los atropellos que los habian obligado á ponerse en armas contra el rey: pidieron entre otras cosas que no se les obligase á dejar sus hogares, y que se permitiese la vuelta libre al Africa de los turcos que habian venido en su socorro. Se atuvieron los castellanos á los términos del bando promulgado por don Juan, y dijeron á los moriscos que pusiesen sus peticiones por escrito. Como estos

alegaron que no sabian los términos de hacerlo, el mismo don Juan les envió su secretario para extender la súplica, lo que se efectuó al momento. Muy pronto se allanaron las dificultades. Urgia mucho al general español concluir este negocio antes que llegase el tiempo de las mieses: los moriscos, que se veian perdidos, no podian arredrarse por duras condiciones. Sobre todo el Habaquí sabia muy bien que cuanto mas solícito y celoso se mostrase por la obra de la reduccion, tantas mas ventajas personales le resultarían. Asi se llevó el negocio adelante con la mayor rapidez posible, y ya no faltaba mas que la ceremonia del acto de rendir las armas, que se celebró en los Padules, delante de don Juan, con toda la solemnidad que pudo darsele.

Se presentó delante del alojamiento del general en jefe el Habaquí seguido de varios personajes moriscos, y de trescientos escopeteros que hicieron una salva en el acto de pararse á la entrada de la tienda. Entró el Habaquí con los demas del acompañamiento, llevando en la mano la espada y la bandera de Aben-Abóo, que presentó á don Juan, poniéndosele de rodillas con los otros, pidiendo perdon en nombre de los suyos, prometiendo fidelidad y sumision al rey, á cuya merced y bondades se entregaban. Al mismo tiempo se despojó de la propia espada el Habaquí, haciendo ademanes de entregarla. Estuvo en pié don Juan de Austria durante esta ceremonia, y con palabras corteses mezcladas de seria dignidad, acogió en nombre del rey la sumision de los moriscos, devolvió su alfanje al Habaquí, á quien hizo levantar con grande urbanidad, prometiéndole mercedes y recompensas en nombre del monarca. El morisco y los suyos se despidieron de don Juan con la misma ceremonia é igual salva por parte de los escopeteros, que entregaron sus armas en el acto.

La obra de la reduccion parecia definitivamente concluida, y asi lo estaba en cierto modo. Mas el Habaquí no era el representante de todos los moriscos, ni se po-

dia suponer que un pueblo díscolo que se hallaba en un estado de anarquía se sometiese en masa, porque fuese tal la opinion de la generalidad y de los jefes principales. Hubo, pues, muchos disidentes entre los moriscos: otros que cambiaron de opinion despues de consumado el rendimiento. Fué uno de estos últimos el mismo Aben-Abóo; tan pesaroso estaba de entregarse á la merced de sus antiguos dueños, sobre todo de renunciar al título de rey que tanto habia halagado su amor propio. Se unia á estos sentimientos el de la envidia y celos que habia concebido contra el Habaquí, quien por la parte activa que habia tomado en la obra de la reduccion, seria probablemente el que llevase la mayor parte en las ganancias. En esta disposicion de ánimo le cogieron cartas de Argel, en que el Dey le anunciaba un próximo envio de gente, de armas y demas pertrechos necesarios. No fué preciso mas para que Aben-Abóo rompiese de nuevo toda negociacion con los cristianos, y alzase otra vez el estandarte de la guerra; paso que hubiese sido muy de lamentar si los moriscos no estuviesen tan cansados de la insurreccion, y el crédito de este caudillo no hubiese venido tan á menos.

Sabedor de lo que pasaba el Habaquí, se presentó en el campo de Aben-Abóo, con ánimo de inspirarle mejores sentimientos. Mas confiado en demasia por carácter ó por la especie de favor que gozaba con don Juan de Austria, no sabia que iba á habérselas con un hombre rencoroso, que le consideraba como un rival, como un mal amigo, tal vez como un traidor á su bandera. Aben-Abóo hizo asesinar al Habaquí, y dió parte de su muerte al Dey de Argel, como un castigo de su apostasia.

Mas ni la muerte del Habaquí, ni la conducta obstinada de Aben-Abóo, detuvieron ó paralizaron la obra de la reduccion, que era un acto consumado. Por todas partes los moriscos entregaban las armas y se sometian á la voluntad del rey, por cuya disposicion eran internados

inmediatamente por todo el país de Andalucía. ¡A tan duras condiciones tuvieron que doblarse! En vano se encendieron algunas llamaradas de insurrección en la Seranía de Ronda, que fueron pronto apagadas por el duque de Arcos, á quien se encomendó esta empresa. Se dió por tan concluida ya la contienda, que se despidió la gente de guerra y se tomaron todas las medidas análogas al gobierno de un país pacífico, donde eran necesarias ciertas precauciones. Don Juan de Austria regresó á la corte, donde fué recibido del rey con las muestras de aprecio que merecían sus servicios.

Andaba errante mientras tanto Aben-Abóo, convertido de rey, en fugitivo, abandonado de los suyos, seguido de unos pocos, en quienes tenía puesta su confianza; mas no hay fidelidad á prueba, cuando median alicientes de violarla, tratándose sobre todo de hombres tales, como podían acompañar al monarca destronado. Uno de ellos, en quien mas depositaba su confianza, Monfi, llamado el Senix, entró en inteligencias con comisionados de las autoridades de Granada, ofreciendo entregar á Aben-Abóo, con tal que le perdonasen á él con sus amigos, y les restituyesen sus mujeres é hijas que se hallaban prisioneras. No fué difícil dar oídos á propuesta semejante; se ajustaron las condiciones del convenio, en cuya virtud se apoderaron el Senix y los suyos de la persona de Aben-Abóo, y le asesinaron, no sin haber mediado una fuerte resistencia. Inmediatamente condujeron á Granada su cadáver, colocado en una mula, entablillado debajo de los vestidos, para darle la actitud de un hombre montado, á fin de que fuese mejor visto de la muchedumbre. Después de verificada la entrada con toda la ceremonia y publicidad imaginable, le cortaron la cabeza, que fue puesta en una jaula, sobre una de las puertas de la ciudad, con la inscripción siguiente: «Esta es la cabeza del traidor Aben-Abóo: nadie la quite so pena de muerte.»

Así concluyó la insurrección y levantamiento de los

moriscos de Granada, uno de los episodios mas lamentables del reinado que escribimos. No fue de larga dura la contienda, pero acompañada de todos los excesos, crímenes y horrores con que se distinguen estas luchas de pueblo á pueblo, cuando estan en juego agravios recibidos, deseos vivos de venganza, rivalidades de creencias. Fueron los encuentros parciales, infinitos; pocas las batallas que merezcan este nombre; brillante el arrojé personal de los dos bandos; escasos los laureles que alcanzaron unos y otros. Que la insurrección fue en gran parte provocada por las máximas de intolerancia que tanto distinguieron el gobierno de Felipe II, es un hecho positivo; que esta intolerancia, sobre todo en materias religiosas, hallaba un eco en los ánimos de sus súbditos, tampoco puede estar sujeto á duda. Por una parte se obligaba á los moriscos á abrazar el cristianismo; por otra, causaba escándalo y horror, el que no se mostrasen adictos á un culto que se les imponía con violencia. Después de ser vejados en su fé, se los atacaba en sus trajes, en sus usos, y hasta en el ejercicio de su lengua. Cuando un pueblo se halla en esta condicion, precisamente tasca su freno con grandísima impaciencia, y si una vez llega á alzarse, no puede menos de ser espantoso el ruido con que rompe sus cadenas. Se confirmó esta verdad, en los horrores y atrocidades que acompañaron el pronunciamiento simultáneo de todas las taas de las Alpujarras; siendo de notar, que fueron los principales objetos de su encarnizamiento, los eclesiásticos, que los obligaban á presentarse en la iglesia, y los sacristanes que llevaban cuenta de los que faltaban, á fin de imponerles un castigo. Se lanzaron los moriscos á la lucha, ciegos de venganza; los castellanos que iban contra ellos, no podían menos de imitar su ejemplo. A estas consideraciones hay que añadir, que en nuestro campo faltaban muchas veces viveres, y que las pagas andaban muy escasas. Así suplía esta falta el botín, y el cautiverio de las mujeres é hijas de los enemigos, no era un pequeño aliciente en

esta guerra, que no podía menos de ser muy sanguinaria, por una y otra parte. Fué un mal que nuestras armas estuviesen mandadas al principio por dos jefes independientes uno de otro, que no solo rivalizaban en reputación y fama, sino que veían las cosas de un modo muy opuesto. Algo se reparó este mal con la ida de don Juan de Austria, y retirada del marqués de Mondejar; mas aunque se había dado al primero la suprema dirección de los negocios, todavía el marqués de los Velez estaba en comunicación directa con la corte, de la que recibía instrucciones. Fué una felicidad la retirada de este personaje de la escena, y que se encomendase, en fin, el mando de las armas á un príncipe jóven, alentado, que deseaba adquirir fama, y que caminaba á su objeto por la vía mas corta. A él se le debe la conclusión de esta guerra tan calamitosa. Quedó sujeta la tierra; pero *destruida y despoblada* (1), y aunque acudieron nuevos colonos á habitarla, todavía al cabo de cerca de tres siglos, se echan de menos sus antiguos moradores. De todos modos, no fué este el final desenlace de un drama tan triste y lúgubre. Nuevas miserias aguardaban á un pueblo, cuyo mayor crimen era el haber sido vencido, y criado en creencias muy diversas de las de sus vencedores. (2)

(1) Palabras de Hurtado de Mendoza: L. 4.

(2) Es sabido, que en el reinado de Felipe III fueron expelidos del reino, y trasladados al Africa todos los moriscos, en número de seiscientos mil; otro rasgo de *celo religioso*, que fué muy aplaudido en su tiempo, y hasta por Cervantes, quien puso por dos veces el elogio de esta providencia, en la misma boca de un morisco. (Ricote.)

CAPITULO XXXIV.

Asuntos de Italia -- Muerte de Paulo IV. -- Exaltacion de Pio IV. -- Idem de Pio V. -- Anima éste á los príncipes cristianos á la guerra contra el turco. -- Huerte de Soliman. -- Ascende Selim II al trono otomano. -- Expedicion de los turcos contra la isla de Chipre. -- Toma de la plaza de Nicosia. -- Sitio de la de Famagosta. -- Promueve el Papa una nueva liga entre España, la república de Venecia y su persona. -- Se ajustan las condiciones de la liga en Roma. -- Va el cardenal de Alejandria á Madrid. -- Confirma el rey las disposiciones del pontífice. -- Nomenclamiento de don Juan de Austria por generalísimo de la liga. -- Vuelve éste á Madrid de las guerras de Granada. -- Se embarca en Barcelona. -- Reunion en Mesina de las fuerzas de la confederacion. -- Salen en busca de los turcos. -- Batalla de Lepunto (1).

1559—1571.

GOZABA Italia de tranquilidad, mientras Francia, los Países-Bajos, Escocia y aun Inglaterra, eran teatro de tantas turbulencias. No se hallaban en ningun género de mútua hostilidad los diversos estados de aquella region en que ejercia el rey de España una influencia nada inferior á la que había alcanzado Carlos V. Señor de Nápoles, de Sicilia y del Milanesado, unido por relaciones de familia con Octavio, duque de Parma, protector de los duques de Florencia, aliado antiguo de la república de Génova, donde los Dorias se hallaban en la clase de sus primeros servidores, se podía casi considerar, exceptuando á Venecia y los Estados pontificios, como el monarca y árbitro de Italia. Conservaba buena armonía con aquella república, tan ocupada á la sazón en sus guerras con los turcos. En cuanto á los Estados pontificios, ya se ha visto con cuánta gloria de sus armas había ajustado ó mas bien concedido paces al papa Paulo IV. Murió este fogoso pontífice, antes enemigo encarnizado, tanto de

(1) Cabrera, Herrera, Ferreras, Vanderhammen, en su vida de don Juan de Austria y otros.